

El diario de Canita
1947-1950



Playa de "La Pila de la Barrilla", en la Tiñosa

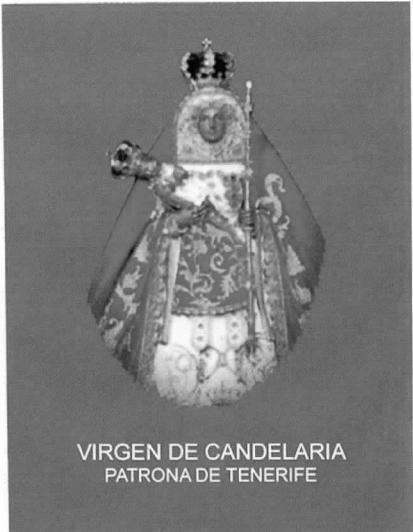
ANTE UNA COPA DE AGUARDIENTE
SOBRE EL MANCHADO MOSTRADOR
TE CONTARÉ MUY BREVEMENTE
LA TRISTE HISTORIA DE MI AMOR.

PAUL MELO

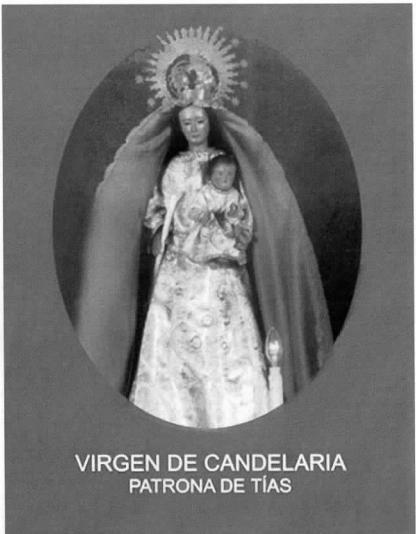


Canita Camejo Cabrera
Trasera Fielato, 16
La Cruz del Señor
SANTA CRUZ DE TENERIFE

Mi Diario
1947-1950



VIRGEN DE CANDELARIA
PATRONA DE TENERIFE



VIRGEN DE CANDELARIA
PATRONA DE TÍAS

Nací en el pueblo de Tías, en Lanzarote, aunque, poco después de cumplir los tres años, mi familia se trasladaría a Santa Cruz de Tenerife, razón por la que me considero casi “chicharrera”. Mi hermano Bernardo lo había hecho también en aquel lugar, tres años antes que yo, y Pilar, vio la luz, cuando ya estábamos establecidos en Santa Cruz.

Por tanto, siento sobre mí, por dos veces, el patronazgo de la Virgen de Candelaria: por el pueblo que me vio nacer y por el que me brindó su hospitalidad.



Con Carmelo, “el poeta tiñosero” y unas amigas en las fiestas de la Cruz de 1950

Mi familia siempre me llamó “Canita”, original diminutivo que no he oído aplicado a ninguna otra persona, lo que me hace pensar que, por lo menos en ese aspecto, yo pudiera ser un “ejemplar único”.

Aprendí las primeras letras en el colegio de Don Rafael Gaviño, desaparecido el cual, pasé a las Dominicas, donde, aparte recibir una esmerada educación, pude hacer buenas amigas, muchas de las cuales conservo aún. Allí cursé mis estudios felizmente.



Cada año, cuando se acercaba el verano, mi gran ilusión era volver de vacaciones a mi patria chica, aquel “pueblecito feo”, situado en la ladera de dos montañas, donde lo que más abundaban eran interminables paredes de piedra seca, muchas tuneras y “bobos” y alguna que otra palmera, entre unas pocas casas desperdigadas. Camellos y burros completaban este paisaje, a simple vista tan hosco, donde destacaba el enorme esqueleto de cantería negra de una iglesia que nunca llegó a terminarse. Sin embargo, ¡le encontraba tanto encanto! En medio de este paraje, aparentemente inhóspito, pude saborear los días mas felices de mi juventud.

Para llegar hasta allí no había otro medio de transporte que los “correíllos”: “León y Castillo”, “Viera y Clavijo” y “La Palma”, se llamaban, aunque había otros más pequeños que, por fortuna, no llegué a utilizar nunca.

La travesía constituía para mí un verdadero martirio. Al subir por la escala, me flaqueaban las piernas, pero trataba de hacerlo antes de que “tocaran la tercera” para estar acomodada en el camarote en el momento de la salida. El característico “olor a barco” unido a su movimiento, se me hacían insoportables.



Cuando, a la madrugada siguiente, atravesábamos “La Bocayna” y el vapor se movía como una cáscara de nuez, en medio de aquel estrecho entre las islas de Fuerteventura y Lanzarote, se producía el momento más desagradable de este viaje. Gracias a que, poco tiempo después, clareando el día, ya costeábamos esta última. Con la mar más en calma, por la protección que nos daba la isla, empezaba a divisarse “la tierra prometida”. Haciendo un esfuerzo, medio me incorporaba para asomarme por el “ojo de buey” del camarote, con el fin de recrearme con la vista de “La Asomada”, “La Tiñosa”, con su gran “alcogida” propiedad del Cabildo y la Montaña Blanca, a cuyos pies se desparpajaba “Tías”.

A primera hora de la mañana arribábamos al Puerto de Arrecife. Después de una noche en vela, completamente mareada, con paso vacilante y cara demacrada, al fin podía pisar tierra firme. El muelle estaba ocupado con la carga que habría de llevar el barco a su regreso: pipas de vino y sacos de cebollas. Se encontraba también algún que otro animal de carga y el público que había ido a recibir a sus familiares. Casi a pie de escala estaba la guagua de Cedrés, que nos habría de llevar hasta nuestro destino, pasando junto al “Puente de las Bolas” y “Castillo de San Gabriel”, que, en aquellos tiempos, constitúan la puerta monumental de Lanzarote



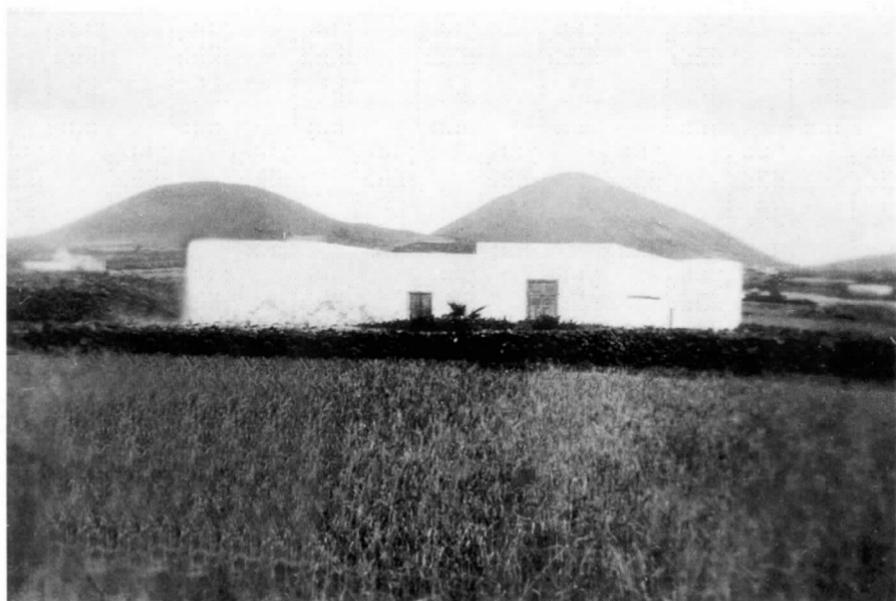
¡Al fin, Tías! La casa del abuelo Bernardo estaba como siempre la había conocido. La cocina con el techo a dos aguas y los palomares por encima de su ventana. Un “especiero” junto a los tres escalones del porche y los seis palos de la “latada” que supongo fueron puestos para soportar alguna enredadera, posiblemente un parral, pero que no recuerdo haber visto nunca, quizá porque no se “diese” por falta de agua. El piso, como el del patio, era de lajas.

Sentada con la familia en los escalones del porche –no recuerdo haber visto otro en el pueblo- llegué a disfrutar en muchas ocasiones de las noches maravillosas de Lanzarote, bajo un cielo plagado de estrellas que invitaba a la conversación y la confidencia. No creo que existan otras como aquellas, cuyo encanto aumentaba por la falta de luces, puesto que Tías, entonces, carecía de electricidad. En algunas de estas veladas nos acompañaban Doña Josefina, nuestra vecina, y su familia, lo que nos permitía, haciendo un aparte, discutir con su sobrino (¿el tiñosero?) sobre la montaña de Gáldar y su sal, la banda del “Chorrillo” y otras nimiedades, que animaban la conversación de los más jóvenes. Lógicamente, cada uno exaltaba los valores de su isla, como no podía ser de otra manera. ¡Irrepetible!



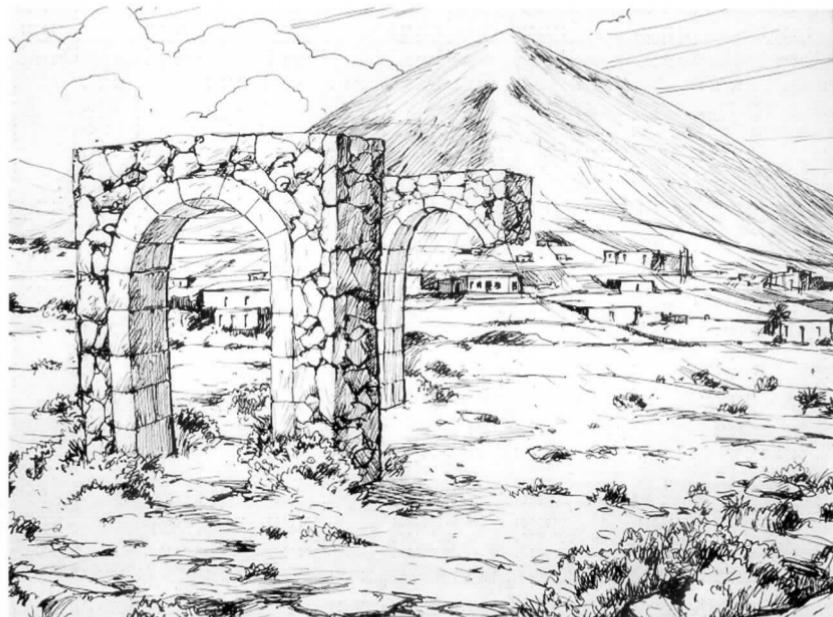
Allí, en la misma puerta estaba el abuelo esperándonos sombrero en mano, con la nieve de los años en su pelo, alto, enjuto, erguido, con una gran sonrisa de bondad y alegría en su rostro, contento de poder saludar, un año más, a sus nietos. Siempre llevaré grabada en mi memoria esa patriarcal figura, cuya foto he colocado en un marco en rincón preferente de mi casa. En su bienvenida le acompañaban nuestras tías.

Inmediatamente de llegar, mis hermanos y yo, tomábamos posesión de “nuestro territorio”, visitando la era, los corrales, las gañanías con sus animales, etc. etc. Con estas alegrías, me había olvidado completamente de mis “aficiones marineras”.



Después de comer en familia, mi primera visita era a casa de Ubaldita, en “la carretera”, donde la encontraría con el resto de sus hermanas. La tarde se nos hacía muy corta, contándonos el acontecer de nuestras vidas durante el tiempo transcurrido desde el verano anterior. Si al regreso me acompañaba Bernardo, no tenía prisa alguna, pero si volvía sola, habría de hacerlo antes de la puesta de sol, porque me daba cierto “repelús” pasar de noche ante la “iglesia vieja”.

Cuando se acercaba el fin de semana había que mirar hacia la sociedad, (creo que se llamaba “Cultura y Recreo”), para comprobar si ondeaba la bandera, señal de que el sábado próximo se celebraría un baile, al que nos proponíamos no faltar.



En uno de estos viajes me acompañó mi amiga Irlanda, también “chicharrera”, una chica con mucho humor, que nos hizo más agradables, aún, aquellas vacaciones. En su compañía y la de dos de mis tíos, además de Ubaldita, organizamos nuestro veraneo de diez días en “La Pila de la Barrilla”, que el “poeta tiñosero” tuvo el atrevimiento de llevar al papel en forma de poema, del cual he sido depositaria durante 56 años, al cabo de los cuales -en 2003- volvió a sus manos para entrar en la revista “Tribuna de la Cultura” y aparecer hoy acompañando a este “Diario”.

“La Pila...” es una pequeña playa junto al pueblo marinero de La Tiñosa que no tiene más de doscientos metros de línea de mar, protegida por dos fariones de lava volcánica que penetran en el agua formando algo así como una gran piscina triangular. En ella había una casa cueva que sirvió de “Hotel de Mar” a las excursionistas, sin agua corriente ni luz eléctrica, ni muebles, como dice el poema, por lo que se nos debe considerar las pioneras del turismo en La Tiñosa, hoy llamado Puerto del Carmen.

Veraneo en "La Pila de la Barrilla"

Cada noche, cuando la luna convertía el mar de "La Pila de la Barrilla" en un brillante espejo de plata, el viejo poeta tiñosero, con los ojos semicerrados y la cara morena y agrietada por la acción del sol y del salitre, recorría la corta playa de lado a lado, dejando grabados en la arena húmeda estos versos que el agua, al subir la marea, se habría encargado de borrar, pero nosotros, que le vigilábamos desde los riscos, en cuanto le veíamos trasponer, corriámos presurosos a copiar sus coplas, antes de que el mar destruyese su humilde obra literaria que ahora les transcribimos.

En algún momento, nos pareció percibir que de este tosco poema destilaban algunas gotas de amor que la brisa de la vida se encargó de arrastrar a otras playas.

A pesar de ello, algunos de estos personajes y sus frutos volvieron, una y otra vez, incansablemente, hasta este bello rincón de la geografía conejera, atraídos por su embrujo, como si una fuerza sobrehumana les empujase a ello.



Marcamos las tendencias de la moda Primavera-Verano. ¿Se llevarán los pañuelos? Envolvamos nuestras ideas en bonitos trapos multicolores.

Las niñas salen de Tías
montadas en sus camellos,
la alegría se refleja
en sus blancos rostros bellos.

¡Ya han llegado! ¡Ya han llegado!
En playas de la Tiñosa
sus plantas han colocado
cinco jóvenes hermosas.

¿Son elegantes los nombres
de estas jóvenes hermosas,
que ya han dejado sus sombras
en la playa de la Tiñosa?

Un día le oí citar
a un amigo de p'álante
nombres de los habitantes
del moderno "Hotel del Mar".



Bañadores 1947. Avergonzadas por haber renegado del “ROPÓN”, dejando, impúdicamente, a la vista las pantorillas, no nos percatamos de que “nuestra protesta” daba pie para que otras mujeres, más libera- das, iniciaran una vertiginosa carrera hacia el “TANGA”.

Ahí va, punto por punto,
lo que me dijo este amigo
cuando ya estábamos juntos,
bien sentados, pelando higos.

"Con Pepita y la Carmita
está una chicharrera,
se llama la sobrinita
Carmen Camejo Cabrera".

"Irlanda del Regueral
también ella chicharrera
de la casa familiar,
de los citados Cabrera".

"Sólo me queda una prima,
es muy bonito su nombre
que, por Ubalda Medina,
al que la llama, responde"



La natación sincronizada que practicábamos sirvió de inspiración, años más tarde, al guionista de “Escuela de Sirenas”

"Y ya están todas, amigo"
dijo al quedar confesado
y ver que había consigo
muy poquito higo pelado.

"Gracias, compañero mío",
luego le dije contento,
a señor tan "entendío",
para seguir con el cuento.

Algo pequeña es la casa
muy junto al mar instalada,
con "perinquenes" en masa,
bastante brisa salada.

La cocina a su derecha,
es obra de ingeniería,
sin el techo y sin las puertas
¡Qué bien se cocinaría!



Tras la actuación, merecemos un buen descanso en el “jable” sirviéndonos de fondo las montañas de “Los Ajaches”

Añoro la enorme soledad de esta playa.

Como los muebles no llegan,
han de dormir en el suelo
y el comer en las esteras,
lo hacen con bastante celo.

La pileta de fregar
los platos y las cucharas,
desde la casa a dos varas,
era la orilla del mar.

Se bañan todos los días
en "La Pila la Barrilla",
Pepa un catarro se pilla,
porque está el agua fría.

Nadando continuamente,
no se ocupan de comidas
y se comen enseguida
lo que hacen muy pésimamente.



Un paseo por la orilla con mi hermana Pilarito.

Los chicos de la Tiñosa
siempre van a visitar
a las jóvenes hermosas,
con Nicasio y otros más.

La tal pequeña ciudad,
de música, flor y nata,
les ofrece serenatas,
después del día aclarar.

Un buen "timple conejero",
vino "muy bien bautizado
con "gallos acatarrados",
oigamos lo que dijeron:

"Al pasá por esta calle
lo primero que se ve,
las muchacha en las ventana
y las cama sin jacé"



“La sirena varada”, me llamaron tras esta foto. Diminutas olas venían a morir a la orilla, acariciando mis pies.

Con estas y algunas más
preciosísimas canciones,
nuestros titanes del mar
robaron los corazones.

Pedrito "el de la Asomá"
pretende fotografiarlas
y después de dispararlas
las avisa que ¡ya está!

Dos de ellas son "chicharreras",
las otras de Lanzarote,
todas cinco se montaron
un domingo en un gran bote.

Fueron a veranear
casi cambian la estación,
pues se ponen a cantar
desgarrando el corazón.



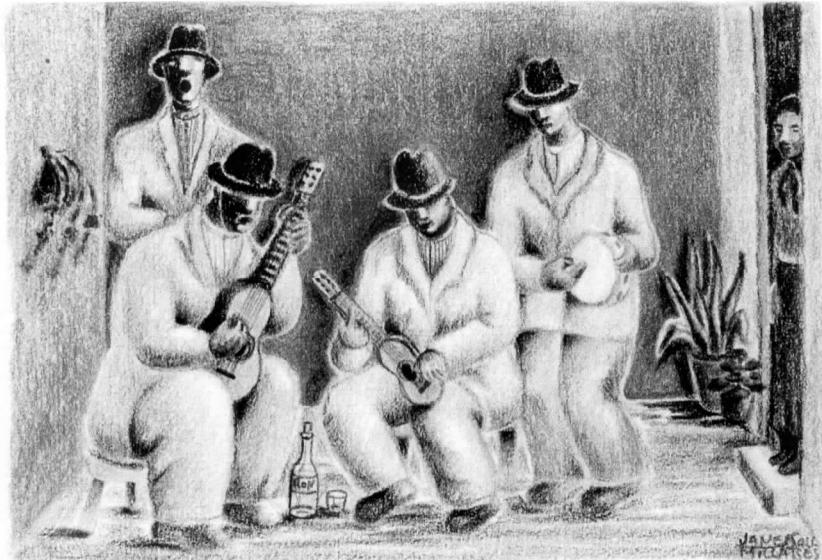
Llegada la tarde, vestidas con nuestros mejores percales, nos disponíamos a asaltar la ciudad de la Tiñosa, revolucionando a sus mozos.

En burra de tití Felo
y yegua de tití Tobas,
montaron las amazonas
y casi caen al suelo.

Al baile de la Tiñosa,
a ellas fueron a invitar
chicos de la poderosa,
muy noble y leal ciudad.

Ya van los tres por las casas,
tocando en todas las puertas,
avisándole a las masas
que está la música puesta.

El baile ya ha comenzado,
un real hay que pagar,
si dos piezas has bailado
ya se ha gastado el real.



"Ya está la música puesta, un real hay que pagar, si has bailado dos piezas, ya te has gastado el real"

Cinco sillas en la pista,
como queriendo formar
tribuna presidencial,
ocupan nuestras turistas.

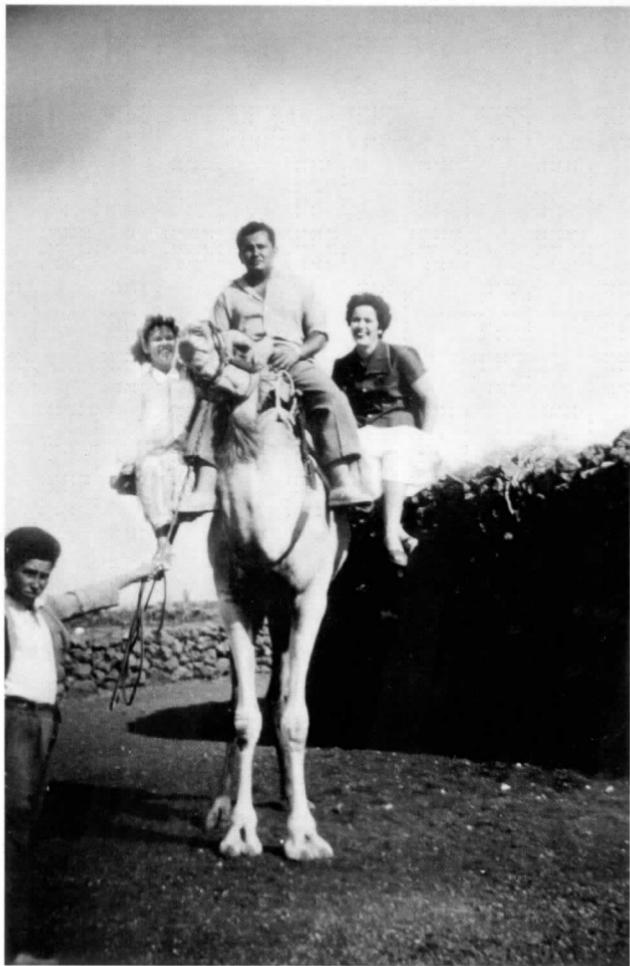
Blancas, blancas, han llegado
a las playas de Tiñosa,
pasan diez días dichosas
y llevan rostros quemados.

Aquí se acaba ya el cuento
que yo quería contar,
que aunque estará muy mal,
me basta con el intento.

Perdónenme, sí, señores,
que yo profane a "Poesía"
al cantar con mis clamores,
estas pésimas folías.



Al terminar nuestra estancia y abandonar la playa, en “La Pila de la Barrilla” se hace el mas absoluto silencio, interrumpido sólo por el leve murmullo de las olas acompañado por el graznido de algunas gaviotas, que lloran nuestra despedida, pidiéndonos el pronto regreso, a lo que contestamos gritando para nuestros adentros que hemos de “volver, volver y volver”, quedando, al partir, rotos nuestros corazones. Y, efectivamente, el tiempo ha sido testigo de que, fieles a nuestra promesa, hemos vuelto todos, incluso “el tiñosero” y su familia, “una y otra vez, incansablemente, atraídos por el embrujo de aquel lugar”



Y, al cadencioso paso del camello, entre risas y fiestas, regresamos a nuestras casas, en la carretera para unas y en el "Lugar de Arriba", junto al Morro, para el resto. A los lados dos bellezas y en la cruz, -¡siempre en la cruz!- el poeta.



Tres tunas florecen en lo alto de un pajero, en Tías.



Terminadas las vacaciones, antes de volver al suplicio del barco, me despido, hasta el próximo año, de mi amiga Ubaldita, a la sombra del parral del patio de su casa, ¡tan llena de historia!

Canita



"La amazona negra , con su arco y su carcaj,
con flechas dulcemente envenenadas,
dejó alguna víctima en los campos de Tías,
que aún no se ha recuperado totalmente de su herida."
- dijo el "tiñosero".
...y más tarde, insistió:
"¿Fue sólo alguien, o fueron 'alguienes', las víctimas?"



"La Pila de la Barrilla", Puerto del Carmen, en 2003